

## LA CUESTIÓN DE MARRUECOS

Julián Ribera y Tarragó (1858-1934)

### Presentación

En el primer número de la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, aparecido en enero-abril de 2007, decidimos insertar una sección titulada “Textos del arabismo español” que abrimos con un artículo ejemplar de Julián Ribera dedicado a Marruecos: “El Ministro de Instrucción Pública y la cuestión de Marruecos”, aparecido en la *Revista de Aragón* en 1902. Ejemplar, pues se efectuaba en él una radiografía de los estudios árabes en la España de su tiempo y la utilidad que debieran tener para un número no escaso de profesiones que podrían estar interesadas en el desarrollo de una relación más estrecha con Marruecos, acabando por preconizar la creación de una Escuela-Taller para formar expertos en cuestiones aplicables a la colonización o conocimiento del vecino país.

Pero el artículo era la segunda parte de una serie iniciada un año antes en la misma revista con el título de “El problema de Marruecos. Su doble aspecto internacional y español”, publicado en cinco entregas entre julio de 1901 y febrero de 1902. La primera de ellas apareció como respuesta a la actualidad de la cuestión marroquí ante la opinión pública en el verano de 1901 por un incidente ocurrido a una familia española residente en Marruecos, agravado por un marco de tensión franco-marroquí. Ribera es muy crítico con la actitud amenazante de Francia, pero también y sobre todo lo es con una opinión española indiferente, incapaz de marcar el rumbo a sus gobiernos, a los que previene contra su indolencia, pidiéndoles que se encomienden en los mejores diplomáticos para lograr al menos transacciones ventajosas.

Fue en ese marco cuando Francisco Silvela publicaría su famoso artículo, también titulado “La cuestión de Marruecos”, en la revista *La Lectura* (agosto de 1901), preconizando una entente con Francia para apoderarse del vecino imperio. Ribera responderá en su entrega de octubre de 1901 expresando su disconformidad con los métodos defendidos por Silvela aunque reconociendo que mejor era una opinión formada que la indiferencia dominante.

Defensor de un “*statu quo* activo”, temeroso de las consecuencias que pueden sobrevenir con la alteración de este, se referirá Ribera a la política llevada a cabo en Marruecos en el siglo anterior como evidencia de su incapacidad para una acción colonial que confundía como el terreno de descarga de sus frustraciones interiores: “Tenemos al imperio marroquí como singular consolatorio en nuestras desdichas: habremos dado escandalosos ejemplos de locura y debilidad interior con nuestras divisiones intestinas y guerras civiles, por las que nos hemos desconceptuado en el mundo; habremos cometido tremendas imprevisiones y probado nuestro valor intelectual y moral en fracasos coloniales; sufriremos con vergüenza oprobios y desprecios de naciones más poderosas: todo lo olvidamos, **si conseguimos descargar una paliza sobre las espaldas de un imperio carcomido y débil**, para orgullecernos luego ostentando como gran proeza la toma de un poblado como Tetuán, ó un tratadito injusto y bochornoso como el que puso fin á la cuestión de

Melilla; á la manera de los pavos reales, **extendemos los vistosos colores de nuestra cola y decimos: aun hay en el mundo naciones que nos temen y á quienes hacemos sentir el peso de nuestra superioridad**".

Se editan ahora en este número 6 de la Revista las diferentes entregas de este artículo, que concluyen con este lamento pesimista: "Hé aquí la situación de los españoles: vernos comprometidos forzosamente en la cuestión marroquí, por nuestra posición geográfica; no poder permanecer indiferentes en lo que afecta á intereses muy vitales; y nos encontramos sin rumbos en la opinión, ni criterio definido, ni fuerza en los gobiernos, sin cuerpo diplomático instruído; sin una entidad organizada, ni institución, cuerpo ó instrumento adecuado para el consejo ni para la obra". Pero pesimismo del que nacerá su idea de formar al personal necesario para llevar a cabo una acción útil en Marruecos, conectándolo con la idea de la Escuela-Taller arriba mencionada.

Ribera se anticipó a los políticos de su tiempo en señalar los límites y peligros que se presentaban a España en la cuestión marroquí. Poco después, la línea de entendimiento con Francia preconizada por Silvela comenzaría a dar frutos en las negociaciones de León y Castillo, embajador en París, con Delcassé para un reparto de Marruecos. Que no se llevara a cabo en las condiciones negociadas por ellos en 1902 es otra historia.

Una extensa biografía de Julián Ribera acaba de aparecer junto con una bibliografía completa de su obra en el prólogo redactado por María Jesús Viguera a la obra de Ribera *Libros y enseñanzas de al-Andalus*, editado por Urgoiti Editores, Navarra 2008.

**Bernabé López García**

## **La cuestión de Marruecos**

*Revista de Aragón, Año II, nº 7 (julio 1901)*

Para nadie es un secreto que Francia, desde que pudo mantener pacíficamente la posesión de Argelia, trata de dominar el Norte de África extendiéndose por la derecha, por la izquierda y aun por el Sahara y todas las regiones circunvecinas.

Hace algún tiempo se la ve interesadísima en conocer las regiones más inexploradas de Marruecos: manda viajeros, profesores, médicos y oficiales de su milicia para que recorran el imperio y adquieran noticias exactas del número, calidad y tendencias de las tribus que lo pueblan, hasta de las que viven en lugares apartados y escabrosos; procura atraerse á los moros más avisados y listos, que puedan servirle en sus empresas futuras, remunerando su adhesión con pingües empleos religiosos en las mezquitas de Argelia; halaga al elemento judío marroquí, cuyas escuelas é instrucción paga en algunas ciudades, ofreciéndoles porvenir de libertad y fortuna; y alimenta la ambición y los celos de familias musulmanas prestigiosas, desdeñadas ó perseguidas por la dinastía reinante en el imperio marroquí, que puedan ayudarle en sus designios en cualquier contingencia.

A pesar de toda esa labor preparatoria, Francia no se hubiera lanzado todavía á amenazar á Marruecos, si el mundo hubiera estado en circunstancias normales; mas al ver á Inglaterra entretenida en larga y embarazosa lucha con las repúblicas sudafricanas, á algunas naciones europeas envueltas en los negocios de China, y á

los Estados Unidos ocupados exclusivamente en devorar á solas el fruto de sus cacerías, decidióse á precipitar el problema marroquí. A Italia y España, para contenerlas y que no le opongan dificultades, ha cuidado de convidarlas antes ofreciéndoles galantemente unos confites: á la primera, unos trataditos comerciales, con los que se ha granjeado su amistad; á la segunda, reconociéndole la posesión de una provincia ecuatorial, la del río Muni, de utilidad dudosa, atendida la poca maña que nos damos en esta materia.

¿Qué se propone Francia? Sencillamente: apoderarse del imperio de Marruecos. ¿Y cómo? Tengo por seguro que no emprenderá una guerra de conquista, que es lo primero en que pensaría cualquier decrépito hidalgo ó Quijote español.

Esto, para políticos previsores, ofrece serias dificultades: 1<sup>a</sup> el de que se corran las llamas del incendio, que se ha de producir, por las provincias limítrofes, sublevándose la población indígena de Argelia y Túnez; 2<sup>a</sup>, el de que se mezclen otras naciones, v. g., Inglaterra, apoderándose de Tánger y de algunas ciudades costeras que Marruecos tiene en el Océano; 3<sup>a</sup>, el de que algunos enemigos, que no le faltan á la nación francesa, aprovechen el momento de encontrarse ella metida en guerra larga y dura, para darle disgustos en otros sitios.

Según lo que se transluce, Francia ha intimado al sultán de Marruecos una orden para que se declare protegido suyo. De lograrlo, ella comenzaría á intervenir directamente en el gobierno del imperio, á fin de que se habituaran los naturales al consejo, primeramente, y luego á la obediencia de los franceses; hasta que, por grados y poco á poco, suavemente llegue la hora de madurez para la fruta y pueda ser declarado provincia francesa todo Marruecos.

De esto, habrán avisado á seguida todas las potencias al emperador; y él se habrá enterado muy pronto, por lo que ocurre á otros correligionarios suyos en Túnez y Egipto.

Que no es pulga lo que le ha picado, demuéstrole la viveza y precipitación de sus movimientos y la gravedad de sus actitudes: el abatido enfermo ha saltado apresuradamente de la cama: en lugar de defenderse como el erizo, arrollándose en las púas, ó como un crustáceo, envolviéndose en la coraza ó concha (sistema que Marruecos ha seguido de ordinario en otras ocasiones), sale de su escondrijo y lanza comisiones diplomáticas á Londres, Berlín, París y San Petersburgo; en vez de enviar, por mero cumplimiento ó etiqueta, á cualquier barrigudo comerciante de la costa, para que pasee vanidosamente las abigarradas vestimentas morunas por las ciudades cristianas, ha mandado á los más allegados é íntimos: al ministro de la guerra y al propio Gran Visir.

Que ha planteado Francia la resolución del problema marroquí, se deduce también del fruncimiento de cara que ha hecho Inglaterra, del rebullir que se nota en los ministerios de Estado y del sinnúmero de versiones verdaderas y falsas que publican los periódicos, para encauzar ó despistar respectivamente.

La cuestión afecta á todas las naciones del mundo, pues se ventila en ella el arbitrio de abrir ó cerrar la puerta del Mediterráneo, que ya no es mar interior cuya navegación interese de un modo exclusivo á las naciones cuyas costas baña, sino que es de todo el mundo desde que se abrió el canal de Suez. Pero, si la solución del conflicto puede interesar á muchos, afecta por circunstancias especiales á los ingleses y de modo íntimo y vital á los españoles.

A España no ha de serle indiferente cualquiera solución; en el conflicto ha de mediar, ó ha de sufrir, aunque no quiera. Lo peor del caso es que la pilla éste, tendida en el lecho, con las costillas rotas, aplanada por efecto de efemerones polaviejanos, dolorida por inflamaciones regionales, con delirio por calenturas socialistas y lucha de clases y amenazada de una epidemia, la cuestión religiosa, que es la que ofrece más feo cariz.

Además, aunque la opinión española hubiera marcado un rumbo á sus gobiernos, ahora casi nada se podría hacer, desprovistos de medios para que prevalezcan nuestras opiniones: marina, deshecha; ejército, sin motivo de satisfacción interior; pueblo, disgustado y dividido; y la dirección, en manos de hombres sin prestigio ni carácter, cuya conducta puede sintetizarse con un levantar de hombros, como quien dice: ahí me las den todas.

Ni siquiera tenemos el recurso de alentar á Marruecos para que resista y se defienda: ¿qué caso ha de hacer del consejo de hombres cuyas picajosidades de carácter les ha granjeado el odio y el aborrecimiento? ¿Qué caso ha de hacer Marruecos de quien lo ha empobrecido y debilitado en varias ocasiones para que otro se lo coma recogiendo el fruto?

Se comprende que en estas circunstancias ninguna embajada mora pase, ni de largo, por Madrid. ¡Milagro sería que el conflicto se resolviera con nuestra intervención, por simpatías ganadas!

Sin embargo, quedan algunas esperanzas aún, porque media en el conflicto el interés de otros mucho más poderosos, bien que desgraciadamente mezcladas con graves temores.

A Inglaterra no ha de gustarle que una nación fuerte, como Francia, se ponga en disposición de poseer una de las llaves del Estrecho; y se opondrá, claro; pero, á estas alturas, no puede decidirse amenazando á raja tabla, como resolvió la cuestión de Fashoda; protestará con viveza y moverá sus buques, sólo en el caso de que se trate de hacer algo que comprometa su posición en el Mediterráneo; y, en el reverso, para no perder la partida, planteará la cuestión de Gibraltar diciendo: El alcance de las modernas armas exige, para la seguridad de la bahía, mayor extensión de terreno: ahí va la disyuntiva; ó me vendes á las buenas el necesario, ó á la fuerza te lo quito.

Es de suponer que antes de llegar á todos los extremos Inglaterra anime al Sultán á resistir; y en esto le ayudará Alemania, su allegada ó parienta; y tal vez Austria é Italia, si les pidieran consejo.

Rusia hará lo posible para que su amiga Francia obtenga el protectorado del imperio marroquí, en justa retribución de los servicios que ésta le haya podido prestar en el extremo Oriente, donde el imperio ruso ha obtenido el protectorado de la Manchuría; y hasta quizá contribuya á que otras potencias no se opongan al intento de los franceses.

Pero el caso es que, si Francia se apodera de Marruecos, nos compromete: 1º, porque Inglaterra de rechazo se nos metería por Gibraltar; 2º, porque quedarían pronto amenazados nuestros presidios de África; y 3º porque, al fin, peligraría nuestra independencia el día que nuestra nación quedase envuelta por Francia, por el Norte y por el Sur. El peligro, pues, á la larga es de vida ó muerte.

Bien atendidas todas las razones, la prudencia exige que el esfuerzo de que sean capaces nuestros diplomáticos haya de ser para que se mantenga y no se turbe

la situación actual, equilibrando las fuerzas que el interés agita en Europa; por escaso valor que tenga nuestro voto, aun puede influir: con una gota rebosa el vaso que está lleno. Esa es la única defensa.

El lance es apurado: por todas partes puede haber mala salida; la peor, sin embargo, sería levantarnos del lecho, débiles y con la cabeza desvariada, á buscar defensas y armamento. Cuando en muchos años de serenidad, trabajo, aparente salud y paz no hemos sabido procurarnos los medios ¿sabríamos hacerlo en las actuales condiciones? Además por despabilados y listos que anduviéramos, es seguro que llegaríamos tarde, ó sólo acudiríamos á tiempo de recibir el porrazo final.

A nuestros gobernantes hay que pedirles que hagan el favor de encomendar el negocio á aquellos de nuestros diplomáticos que sepan algo más que bailar rigodones, chapurrar el español y murmurar en francés las rutinarias fórmulas cancillerescas, para que, ojo avizor, observen los movimientos de la balanza y pongan el escaso plomo en el platillo, cuando aquél pueda decidir la caída en favor del *statu quo*; caso de que se vea muy inclinada hacia el protectorado francés, que busque transacciones para que se delimiten comarcas hacia el sur de Marruecos, por el interior, como ensanche del Tuat; pues quizá valdría más darle algo efectivo, que no obligarse á un estado de derecho irremediable después. Y si nada buenamente puede conseguirse ¡que le hemos de hacer! La Historia no se ha acabado aún, el mundo no para de dar vueltas; seamos lo bastante varoniles para aguantar y sufrir, y que se avive nuestro espíritu por el escarmiento; y tratemos para lo futuro en adquirir las virtudes que nos faltan para que nos alumbren tiempos mejores.

Entretanto, para que no sea ridícula nuestra situación ante las naciones extranjeras, el más elemental deber de patriota nos obliga á calmar el delirio de la tifoidea que nos invade; no vociferar ni chillar en estos locos entretenimientos bizantinos que armamos por las calles, para que libres los gobernantes de cuidados interiores, tengan condiciones de defensa nuestros intereses en el exterior.

Piense el gobierno que ahora no puede conservar actitud pasiva y encogerse de hombros esperando que el pueblo le señale rumbos y dirija las negociaciones diplomáticas, como torpe y cobardemente permitió el gobierno que el pueblo dirigiera la guerra de Cuba, por virtud de lo cual los políticos se lavaron las manos creyéndose irresponsables, hasta el punto que han podido presentarse, como aurora de nuevo reinado, los que estuvieron en Cavite; no; de estos negocios diplomáticos la gente no está enterada; por su naturaleza son difíciles y oscuros; van por cauces subterráneos, sobre todo tratándose de Marruecos; mas el pueblo querrá intervenir seguramente en la hora de la responsabilidad. ¿Y no sería inmensa desgracia para la nación española el que el nuevo rey se viera precisado á estampar su primera firma en documento humillante, depresivo é ignominioso?

## **Sobre lo de Marruecos**

**Revista de Aragón, Año II, nº 10 (octubre de 1901)**

A principios del verano llegó á preocupar á todos los gobiernos de Europa la cuestión de Marruecos, por la actitud un tanto agresiva y amenazadora de Francia contra el Sultán. Diferentes embajadas marroquíes corrieron las principales cortes europeas solicitando ayuda y buscando en los intereses encontrados de las grandes

naciones un medio que oponer á las amenazas francesas. Francia, por consecuencia, se vió precisada á transigir, y el conflicto por entonces se pudo conjurar.

Un accidente desgraciado ocurrido á una familia española residente en población costera del Atlántico marroquí, atrajo la atención española y puso aquí sobre el tapete durante varias semanas la cuestión.

De entre todas las opiniones que se emitieron con motivo del conflicto, ninguna llegó á impresionar tan vivamente, como la expuesta en un artículo publicado en la importante revista madrileña «La Lectura». La impresión causada puede explicarse: 1º, por la calidad de la persona á quien aquel artículo se atribuía (el Sr. Silvela); 2º la propia índole de la opinión; y 3º la ruda sinceridad y franqueza con que vino á exponerse; cosa á que no nos tienen en tales materias acostumbrados los falsamente pudibundos políticos en cuyas manos están los intereses de España.

Hablando en plata, no nos satisfacen de un modo completo las ideas y propósitos del Sr. Silvela en el asunto marroquí; sí hemos de declarar, no obstante, que su conducta en este caso nos parece digna de la justa fama y del crédito que goza como político: lo que ha expuesto se halla á cien codos sobre las ocurrencias ó manifestaciones de una muchedumbre de políticos, de los cuales unos serán muy hábiles en urdir misteriosas intrigas palaciegas; otros, aptos para remover los malos instintos de ciertas clases sociales; todos tendrán un criterio bien descaradamente definido acerca de la conducta que deben seguir en negocios pequeños donde puedan favorecer el interés particular de sus parciales y paniaguados; pero casi ninguno de ellos tiene meditada solución para los grandes negocios: lo que no obsta para que disfracen su ignorancia bajo el manto de la prudencia, el cual esconde mejor el miedo de exponer al público sus ideas, en los momentos solemnes de más peligro para la reputación y de más apuro para la patria. Por lo menos, el Sr. Silvela demuestra que tiene opinión formada y precisa, y posee además el valor cívico necesario para darle publicidad en forma transparente y clara con el fin de que se acepte, ó se rechace. El no prever nada y andar á ciegas en las más graves cuestiones, es la indignidad mayor que pueda cometer un gobernante.

El Sr. Silvela resueltamente se decide por una inteligencia con Francia para una acción común contra Marruecos; y no por medios indirectos, largos y pacíficos, como el sistema de protectorados que se utiliza en Egipto y Túnez, sino por los rápidos y violentos, á saber, la conquista.

Casi todos los políticos á quienes los reporteros de los periódicos acudieron para que expresaran su parecer respecto á lo dicho por el señor Silvela, convinieron en juzgar imprudente la idea é imprudente la publicación; y unánimemente mostráronse partidarios de lo que ellos llaman *statu quo*, fórmula por la que debe entenderse: continuemos como hasta ahora, sin preocuparnos de lo que pase fuera, aun cuando peligre la seguridad ó la propia existencia de España.

Si no fuese triste, sería eminentemente ridículo oír á los políticos españoles que han turnado en el poder mostrarse partidarios del *statu quo*, cuando casi todos ellos han hecho todo lo que han sabido para que se turbe y altere. Si algo puede significar esta fórmula en derecho internacional aplicada al presente caso, es que España debe practicar lo preciso para que Marruecos se mantenga independiente y libre, sin sujetarse á protectorados ni intrusiones de naciones extrañas; la primera condición para que esto ocurra es acabar con todo aquello que ponga la independencia de Marruecos en peligro; y los peligros son dos: 1º anarquía interior del imperio; 2º, el que sea objeto de la rapacidad de Europa. Pues bien, los políticos españoles, de mucho tiempo á esta parte, han hecho todo lo posible para que la

primera se propague y perdure, y la segunda crezca y se desarrolle desapoderadamente.

Hace algunos años, una serie de imprudencias llevadas á cabo por el gobernador de una de nuestras plazas del Rif enfurecieron contra nosotros de tal manera á las cábilas vecinas, que se atrevieron éstas á atacarnos en nuestro propio territorio. El gobierno español, en vez de darlas satisfacción destituyendo al desdichado gobernador militar de la plaza (cosa que en realidad merecía), ó de castigarlas inmediatamente (si la vanidad ó la soberbia nos impedía reconocer las faltas de aquella autoridad y usar de justicia con gente bárbara), encontró por único expediente honrado hacer pagar los vidrios rotos, en valor de cinco millones de duros, al pobre sultán que se hallaba á cien leguas de distancia y era por completo inocente: injusta reclamación que puso la hacienda del imperio en grave apuro y el prestigio del infeliz emperador por los suelos ante sus revoltosos súbditos, precisamente cuando su avanzada edad hacía temer los conflictos de sucesión en el trono.

Caso algo similar, aunque de distinta naturaleza, es el que ha ocurrido este verano, y se ha procedido de idéntica manera.

Y es que ya tenemos al imperio marroquí como singular consolatorio en nuestras desdichas: habremos dado escandalosos ejemplos de locura y debilidad interior con nuestras divisiones intestinas y guerras civiles, por las que nos hemos desconceptuado en el mundo; habremos cometido tremendas imprevisiones y probado nuestro valor intelectual y moral en fracasos coloniales; sufriremos con vergüenza oprobios y desprecios de naciones más poderosas: todo lo olvidamos, si conseguimos descargar una paliza sobre las espaldas de un imperio carcomido y débil, para orgullecernos luego ostentando como gran proeza la toma de un poblado como Tetuán, ó un tratadito injusto y bochornoso como el que puso fin á la cuestión de Melilla; á la manera de los pavos reales, extendemos los vistosos colores de nuestra cola y decimos: aun hay en el mundo naciones que nos temen y á quienes hacemos sentir el peso de nuestra superioridad.

Si algún extraño maltratara de ese modo á ese desdichado imperio, cuyo *statu quo* tenemos por divisa, ¿no podríamos tachar su conducta de necia y de cobarde?

¿Cómo queremos que se conserve independiente tal imperio, si lo empobrecemos, lo debilitamos y lo anulamos?; en vez de fortalecerlo para que pueda resistir, ¿no hacemos lo más adecuado para excitar las ambiciones de las potencias europeas al ver aquél tan abatido y conquistable y á nosotros, los pretendientes, tan débiles y antipáticos?

Porque, con todas nuestras violencias, es natural que nos malquistemos con el emperador de Marruecos, que éste nos aborrezca como á enemigos y busque ayuda, protección ó amistad en otras naciones de Europa, á cuyas manos va, con tal motivo, el medio más suave, y á la vez más poderoso, de intervenir en las interioridades del imperio, al propio tiempo que el aperitivo más incitante de su voracidad. Italia, en los tiempos en que se mantenían fuertes los vínculos de la *Triple Alianza* soñó con aventuras en Marruecos; Alemania sintió malas tentaciones, cuando sostenía ó alteraba á su placer el equilibrio en Europa: Inglaterra nunca abandonó su objetivo constante y claro; y Francia no esconde y amengua su ambición, al contrario, la ensancha y manifiesta ostensiblemente.

El *statu quo*, vista nuestra impotencia actual, sería la mejor solución; con él se dilataría el asunto hasta que nos alumbraran días mejores; pero el impedir que se altere, exige que tomemos otro rumbo diametralmente opuesto en nuestras relaciones con el imperio marroquí.

Yo deseo el *statu quo*, mas quiero que sea *activo*, es decir, llevando á efecto por nuestra parte todo lo necesario para que Marruecos por sí, ó con nuestra ayuda, se sostenga. Hasta me parecería conveniente que no se abriese al comercio europeo en los grandes negocios: allí en los pequeños y baladíes nadie nos aventaja, y por ello van llenándose de modestos comerciantes españoles las ciudades de las costas. Pero el día en que las grandes explotaciones se realicen, las harán otros más potentes, quedando los españoles por su inferioridad momentánea actual en dependencia casi absoluta del capital europeo: seríamos jornaleros en el campo, jornaleros en las minas, jornaleros en las empresas industriales, como ocurre al presente en algunas provincias de Argelia á donde se dirige parte de la emigración española.

Las palabras *statu quo* además de ser la fórmula de un deseo, es ante todo y sobre todo un hecho que puede alterarse sin nuestra intervención y aun contra nuestra voluntad: este verano, por no ir más lejos, ha estado en peligro inminente de que se alterara.

Y si el conflicto se echa encima ¿qué hacemos?

**Sobre lo de Marruecos** (continuación)  
**Revista de Aragón, Año II, nº 11 (noviembre de 1901)**

Allá por los tiempos antiguos cuando solían disputarse el dominio del mundo dos únicas potencias, las cuestiones internacionales debían ser menos enredosas: todo se cifraba en ver cuál de las dos podía destruir á la otra para campar sin la rival: no presentaban la complicación de ahora en que median muchos y muy encontrados intereses de muy diversas y poderosas naciones, las cuales casi nunca resuelven los asuntos exteriores aisladamente.

En la cuestión marroquí, aunque todas las naciones de Europa no tuviesen por interés vital la entrada libre ó no libre del mar mediterráneo, puede predecirse que se mezclarían todas influyendo ya de una manera visible y franca, ya solapada ó encubierta, pero real y efectiva; pues habiéndose desarrollado en la mayor parte de ellas un ansia desapoderada de expansión colonial, acuden allí donde se traba una disputa de terrenos, si no para sacar una porción de los mismos, al menos por adquirir una parte de complicidad con los agraciados, para que éstos á su vez les ayuden en las cuestiones que en otros lugares y tiempos se susciten; así, por ejemplo, Rusia no ha pensado jamás en intervenir directamente en la cuestión de Marruecos, porque tiene puestas sus ambiciones en otro lado, pero acudiría invitada por Francia, su amiga, para contener con serias amenazas á Inglaterra, á cambio de buenos servicios. Italia, bien movida por excitaciones extrañas, bien por distraerse de dolencias interiores, sentirá deseos de meter baza, pues por su carácter nervioso y vivo es apropósito para cualquier aventura, aun la más descabellada y peligrosa, como la del mar Rojo, en que gasta sangre y dinero para adquirir un hueso que roer, con lo cual hace el caldo gordo á la cuca Inglaterra, que disfrutará por eso más tranquilamente su protectorado egipcio. Alemania, además de su expansión por tierras africanas, muestra claramente su deseo de aprovecharse de los despojos del



imperio turco, especialmente en Siria y en Mesopotamia, y no dejará de inmiscuirse en negocios que de reflejo pueda utilizar.

Las dos que directamente y de manera cierta se decidirán por intervenir en Marruecos son Inglaterra y Francia. La primera, aunque es verdad que no ambiciona apoderarse del imperio, pues posee colonias de tal modo fértiles y extensas (donde emplea capital y actividad), que le hacen desdeñar negocios que exigen mucho gasto de energías y ofrecen poca ganancia, está demasiado interesada en el paso del Estrecho para que renuncie á sus aspiraciones de dominar en Tánger.

Francia apechugaría pronto, si la dejaran libre, y lanzaríase sobre Marruecos: el valor de la finca, para ella, es superior al aprecio que de la misma puedan hacer otras naciones extrañas: constituye el ensanche de posesiones con las que ya se ha encariñado, y además prevé que con el tiempo Argelia no será colonia, sino parte de la metrópoli.

Hay que contar, por consiguiente, como segura, la imposibilidad de que nos dejen nunca libre y expedito el camino para obrar aisladamente. El día en que un barco de guerra español saliese de Cádiz á bombardear una ciudad costera del imperio marroquí, lo escoltarían escuadras de distintas naciones que le harían guardia, y no de honor. Será, pues, completamente necio pensar que nos encontraremos solos: hemos de ir necesariamente con otros ó contra otros; y el dilema es: si vamos con Inglaterra, será contra Francia; si con Francia, será muy á disgusto de Inglaterra.

¿Cuál de los dos partidos hemos de tomar? ¿Iremos con Inglaterra?

A primera vista parece lo menos expuesto, pues contentándose ésta con la posesión de Tánger, no tendría por sacrificio de amor propio el dejarnos hacer lo que queramos en el resto del imperio. Inglaterra no sería competidor de difíciles transacciones en delimitar y repartir; caso de acompañarnos de buena fe y lealmente, no sería mala retaguardia, al menos en las operaciones militares en los terrenos vecinos á las costas, donde á la sombra de sus barcos nos pudiéramos cobijar. Mas no caigamos en la tentación de creer que, si no desea más que una pequeñísima parte del imperio, vaya sólo por ella á contraer graves compromisos; ni que una vez apoderado de la ciudad de Tánger, haga locuras en favor nuestro, cuando nos halleemos en lo más peliagudo de la conquista, en el interior, donde con escaso esfuerzo podría Francia dificultarnos la marcha de tal modo, que hiciera imposible el éxito de la empresa: objetivo que lograría ésta ayudando en la resistencia á los montañeses del Atlas y del Rif. Inglaterra, caso da apuro, sabría fortificar muy bien á Tánger, y dejar que nos arreglásemos solos para roer el hueso, pues no es tal nación de índole apropósito para sacrificarse fuera de lo estrictamente necesario á su propia salud. Le importaría un bledo nuestra situación, una vez satisfechas sus ambiciones. Al fin de cuentas puede estar persuadida de que mientras tenga el pie clavado en Gibraltar no podemos ser amigos muy cariñosos.

Yo no veo otra solución al conflicto, si éste irremisiblemente se echa encima, y se quiere *intervenir*, que entenderse con Francia. La amistad de esta nación nos es muy útil fuera de casa y dentro de casa.

La cuestión marroquí no puede resolverse sin su anuencia, por lo menos; pues aun en el trance más favorable de una rápida y feliz conquista, ni se puede delimitar ésta, ni conservar, sin la amistad del fronterizo, que tiene en su mano, con la posesión de Argelia, base de operaciones ofensivas y defensivas naturales, fáciles

é importantísimas, y medios morales de gran potencia. No es menester esforzarse en evidenciar eso al que sea capaz de mirar el mapa del norte de África, y conozca someramente las provincias argelinas.

Además, á Francia, por su vecindad con España, por la superior civilización que ha alcanzado, por su prestigio, y hasta por la afinidad de carácter, raza y lengua, con los nuestros, no la podemos tener como enemiga. En nuestra propia vida interior, cuya normalidad nos es precisa antes de meternos en Marruecos, puede influir de modo notable: en movimientos carlistas, republicanos, regionalistas, etc., puede actuar en ocasiones de modo decisivo. Por consiguiente, lanzarnos en busca de aventuras fuera de casa, dejando á ésta en situación de duda ó de peligro, es una temeridad ó una locura.

Por suerte, estas relaciones de España y Francia, no presentan caracteres ominosos como las de Portugal é Inglaterra: cabe que la amistad entre españoles y franceses sea de cariño y necesidad mutua, aunque en grados muy diversos: Francia tiene demasiados y muy formidables enemigos en Europa y además para su vida interior no puede contar con una constitución tan firme y estable como la que disfrutaban otras potencias. Y esto le obliga á buscar amistades, aun las más estrambóticas y disparatadas, como la de Rusia. Por tanto, á ella le conviene también nuestra amistad, por muy modestos que seamos.

Pero ¿no hay peligro ninguno, en la acción común sobre Marruecos, de que Francia abuse de nuestra amistad, siendo ella más poderosa y fuerte?

Ahí está, para mí, si he de hablar con franqueza, lo más delicado de la cuestión. Yo creo, sin ánimo de ofender á los ingleses, que Francia es de índole más liberal y generosa que Inglaterra y que de antemano á ella no se le ocurrirá explotar nuestra temeridad militar y nuestra aptitud para sufrir pesadas faenas de poca remuneración (á que nos obligan nuestras escasas provisiones) para reservarse los mayores provechos; mas tengo por seguro que las amistades que no se fundan en valor reconocido por servicios mutuos y por cierta igualdad de condiciones que permitan correspondencia verdadera, son falsas y ridículas: lo contrario no es amistad, es dependencia; y á la hora presente, respecto á la cuestión de Marruecos, nuestra enorme inferioridad de medios, comparados con los de Francia, nos pondría en el caso de someternos en un todo á ella, para salir con éxito.

Hay que pensar que son muy distintas las aptitudes que se requieren para apoderarse por la fuerza de un país, de las que se exigen para dominarlo en paz y poseerlo. Y á no tener las segundas, no es conveniente suscitar la guerra de conquista. Aunque saliéramos bien en las primeras operaciones militares, al cabo, nos veríamos en la necesidad de supeditarnos á los medios que posee Francia, lo cual nos pondría en el caso de vivir de merced. Francia iría acompañada de los aljamas judías, á las que ahora protege y agasaja (por nuestro carácter y tendencia tradicional sentimos repulsión á tales amistades, en este caso muy útiles); Francia llevaría á su lado al Jarife de Wazán y otras familias poderosas, que sólo por recomendación suya serían nuestros servidores (hemos descuidado completamente las amistades moras, ó mejor, hemos sido incapaces de adquirirlas, digan cuanto quieran los que se alaban de tener íntimas relaciones con grandes dignatarios de aquel imperio); Francia traería sus faquíes y clérigos musulmanes de Argelia, gente prestigiosa y entendida en derecho y costumbres marroquíes, que han estudiado en la propia Universidad de Fez (y nosotros ni conocemos el derecho, ni las costumbres, ni á los santones de aquella tierra); y los franceses, por carácter ó por la educación que imponen las instituciones liberales que poseen y el largo trato con

los argelinos, pueden ser muy tolerantes con los moros (mientras los españoles, no sé yo si á todas horas tendríamos que ir á tiros ó á cuchilladas).

En tal situación es ridícula nuestra amistad con Francia; si no podemos ofrecerle más, no debemos solicitarla; el contraste es demasiado violento: presentarnos con las ropas de mendigo que por imprevisión se arruinó, para pedir humildemente los servicios de los otros, no es facha, que digamos, para iniciar muy nobles amistades. Si una vez metidos en el compromiso, han de prescindir de nosotros por inútiles, vale más quedarnos á honesta distancia.

Es de temer por otra parte que, confiando en la fuerza y medios de nuestro amigo y aliado, continuara nuestra pereza en pensar y obrar, figurándonos que todo se arregla con despertar un día, hacer una barrabasada, desangrarnos quijotesca-mente y abandonar la finca para que otro la aproveche. Y para tales hazañas hemos probado ser muy hábiles en los recientes sucesos de Cuba y Filipinas.

Entonces, ¿á qué carta quedarnos?

Resueltamente, si el conflicto se echa encima de un modo inmediato, lo mejor es renunciar á toda ilusión, y atender á los negocios de casa. Si hemos sido impotentes para conservar un imperio colonial, en cuya población predominaba la raza española, provocando con imprudencias las sublevaciones y con temeridad desafortunada la desastrosa guerra con extraños (la cual hizo temer, á pusilánimes y poco patriotas, la pérdida de la propia independencia), ¿cómo vamos á lanzarnos en busca de aventuras contra un pueblo de carácter duro y revoltoso, en medio de la efervescencia de pasiones que levantaría nuestra obra en la mayor parte de las potencias europeas?

¿Y debemos renunciar á todo, aislándonos del mundo?

Eso ya es otro cantar. El *statu quo*, como la conquista, exige de nosotros debida preparación. Ambos piden algunas condiciones comunes, necesarias en toda eventualidad. No seamos como D. Quijote, á quien le tuvo que enseñar un ventero que la previsión más elemental, para ir por el mundo, consistía en proveerse de camisas. Si los políticos españoles desean el *statu quo*, es preciso cuando menos proveerse de camisas; mucho más, si como quiere el Sr. Silvela, nos hemos de disponer para algo más comprometido y grave.

¿Cuáles son esas condiciones?

No tendré inconveniente en decirlas: el patriotismo obliga á ser rudamente claros, si es que sobre el asunto ha de comenzar á formarse opinión; no me contento con las generalidades del Sr. Silvela, en punto á los medios, materia que debe ser concretamente prevista por los gobernantes. No basta idear como filósofos ó metafísicos, es menester pensar en los medios y realizar las soluciones que se discurren: ésta es principalmente la labor de los políticos.

El Sr. Silvela ha expuesto una verdad de primer orden: la necesidad de que se forme opinión en el país, á fin de que señale éste rumbos fijos y dé impulso y fuerza á los gobiernos: sin ello es imposible que éstos hagan heroicidades.

Es gran desventaja para los gobernantes españoles el no tener tras sí, por estrecho y egoísta espíritu de partido, más que la ayuda de los paniaguados que reciben sueldo ó gajes; ayuda muy miserable, sobre todo en asuntos internacionales, donde aun llevando detrás á todo un pueblo, si éste es débil y pobre, no se pueden realizar grandes hazañas; ¡qué será con sólo una parte mínima, y ésa no del todo

acreditada! Mas también hay que decir, que los gobernantes españoles han hecho lo menos que han podido para que el pueblo les secunde en este asunto.

Soy enemigo de intrusiones del estado; temo su intervención excesiva en materias de enseñanza; no me disgustaría que se apartase algo de la administración de justicia; pero no concibo que el Estado pueda encomendar á particulares la dirección de las relaciones internacionales, materia donde su intervención es esencial. ¿Y los gobiernos españoles han sabido organizar el cuerpo diplomático?

**Sobre lo de Marruecos (conclusión)**  
**Revista de Aragón, Año II, nº 12 (diciembre de 1901)**

Pasa por axioma en las cancillerías, que la eficacia de la mediación de un mensajero depende en parte principal del poder y crédito que disfrute la nación que le ha enviado; pero también debe aceptarse como axioma, que en bastantes ocasiones depende de las cualidades personales que adornan al embajador. ¿Está nuestro personal adecuadamente dispuesto para que sea útil en la cuestión marroquí?

No: yo no sé qué tal servida estará la nación en materia diplomática, respecto á otros países; si hay hombres de saber y carácter apropósito para representarla en Oriente, en América, etc.: es de suponer que se ponga exquisito cuidado en los nombramientos de embajadores en París, Roma y algunas capitales donde los intereses de España tienen visible necesidad de buena elección; pero, en las demás, el nombramiento no es raro que recaiga en gente improvisada y de escaso prestigio, si no es el que da el dinero para la ostentación, ó el título de nobleza, aunque la casa del noble esté en ruinas y parezca concederse la dignidad para mantenerla á costa de los intereses nacionales. Las filas diplomáticas no es difícil que sean invadidas, de vez en cuando, por individuos incapaces de ejercer otra profesión: el hijo de un noble arruinado que no estima honroso dedicarse á la carrera del comercio ó al ejercicio de algún arte, considera muy honrosas las cuatro ó cinco mil pesetas de sueldo que disfrutan los puestos inferiores diplomáticos; con lo cual sería muy posible que tuviéramos algunos señores muy finos que saben bailar y hacer cortesías, pero maldito lo que han de tener de agentes prácticos, activos, despiertos y vivos para los negocios nacionales.

Lo que si sé, es que ocurre con mucha frecuencia, si no es siempre, que los que manejan y dirigen las relaciones nuestras con Marruecos, una de las potencias en que se había de poner tanto cuidado, son hombres que desconocen en absoluto la lengua del país, desconocen el modo de pensar de sus habitantes, desconocen su organización religiosa y social, y es imposible que sepan en un momento dado las diversas influencias familiares y políticas que se agitan en la corte del imperio.

Esta falta gravísima ha traído por secuela la necesidad de agentes por completo extraños á la carrera diplomática, ¡como si la cabeza pudiera estar separada de los miembros que le sirven! En esta situación, ha ocurrido lo que indefectiblemente ha de ocurrirles: á los miembros sin cabeza les ha faltado el recto criterio para elegir: unas veces se han dejado guiar de un fraile, muy inteligente, muy patriota, de muy elevadas miras, sí, pero fraile, es decir, persona poco adecuada para tratar ciertos asuntos de moros ni judíos: capaz por sus virtudes de prescindir de sus personales ventajas y las de su orden, mas nunca de su hábito y de lo que éste dignamente reclama. Otras veces se han confiado á persona tan extraña á los moros

como los mismos diplomáticos, aunque sin el espíritu de cuerpo que éstos deben poseer, ni los sentimientos de responsabilidad solidaria. En la cuestión marroquí hay que andar con mucho tiento, es muy fácil engañar, con la mayor buena fe, al gobierno y á la nación, por nuestra ignorancia de la realidad efectiva: es un país vecino, pero está tan lejos como las tribus del centro de África.

En resumen: el cuerpo diplomático en esto ha sido un ciego que se ha dejado guiar por un oftálmico, á quien la luz no permite ver sino penosamente el camino.

¿Y dónde está el cuerpo de intérpretes ó truchimanes? Este, que constituye la primera exigencia para tratos con nación cuyos políticos y mensajeros no aprenden ninguna lengua europea, no le tenemos organizado: y ocasiones solemnes y comprometidas se han ofrecido en que nos hemos visto obligados á encomendar los más delicados asuntos á la mediación de un extranjero, que casualmente vagaba por estas tierras, ó á un clérigo moro: personajes muy idóneos para llevar en sus manos la honra de nuestra nación.

Los gobernantes, en lo de Marruecos, participan, además, del confuso y des-acertado concepto que el vulgo español tiene formado del asunto. Para ellos no hay otros elementos que preparar, más que los militares; como si, en el supuesto de apoderarnos del imperio, con mandar allí un chafarote ya estuviese arreglado todo. Esta concepción sencilla y tremendamente imprevisora hace que apenas tengamos allí una comisión militar encargada de levantar planos de ciudades y mapas de territorios limítrofes: nada de viajeros científicos y economistas, suficientemente preparados, que examinen las condiciones del país; nada de sociólogos bien dispuestos para enterarse personalmente de la estructura y movimientos de esa sociedad y del carácter de los habitantes de las diversas regiones ó provincias; nada de hombres de ley capaces de estudiar sus costumbres y derecho; nada de atracción de elementos inteligentes y aptos, que viven en Marruecos, como son los judíos; nada de buscar medios para que la comunicación con cierta clase social mora, nos atraiga el cariño ó la adhesión de algunos descontentos; y no quiero decir nada de los renegados españoles que han servido y sirven en el ejército del sultán, porque tales cosas nos revuelven el estómago: los españoles somos de alcurnia tan sublime y elevada que no pescamos nunca con moscas ni otros inmundos bichos: ponemos en el anzuelo diamantes y perlas, para que los peces piquen mejor.

¿Cuándo caeremos en la cuenta de que ante todo necesitamos camisas, es decir, poseer el idioma del país, como medio esencial para enterarnos?

¿Y cómo ha de aprenderse, si ni siquiera aprovecha el gobierno el dinero que se gasta en instituciones de enseñanza que aquí mantiene, dejándonos á los aficionados pasar el tiempo exclusivamente en analizar desinencias de nombre y verbo en los trasnochados textos de las fábulas de Locman, ó los de Calila y Dimna, ó á lo más en investigaciones históricas, cuando el presente reclama otras más perentorias y útiles ocupaciones? ¿No podría establecerse unidad su todos esos elementos, militares, diplomáticos y científicos, armonizando sus trabajos y dándoles mejor finalidad? ¿No podría con esto conseguirse mutua ayuda y viva emulación? He ahí tres ruedas que no engranan: por tanto, la máquina enmoheciéndose en la quietud y el abandono. De esta manera, ni los militares, sean médicos ó no médicos, saben una jota de lengua árabe, con lo que se haría eficaz y provechosa su habilidad y buen deseo; ni los que estudian árabe se preocupan de aquello para lo que pudieran servir; ni los diplomáticos pueden utilizar elementos dispersos, que por su misma disgregación son ya inútiles; con lo cual la propia diplomacia también resulta inútil.

Todas estas cosas, incumbencia son de gobernantes; y estos solamente se necesitan, ya se quiera ir en son de guerra al imperio de Marruecos, ya en son de paz.

De donde se deduce que el único *statu quo* que se mantiene no es el de Marruecos, sino el de la desorganización de aquí.

Lo peor es que descuido tal nos trae á situación de espíritu horribilmente ridícula: la de creer en los éxitos de nuestra diplomacia, cuando en realidad son inmensos fracasos. La nación, los ministros de Estado y la mayoría de los políticos tuvieron por grande y famosa hazaña la terminación del conflicto de Melilla y creerán también un éxito el salir del incidente de este verano con la fórmula presentada. ¡Bien satisfechos nos mostramos al ver cómo las legaciones europeas en Marruecos firman una nota colectiva y secundan la acción de España, poniéndose á nuestro lado para obligar al sultán á que dé satisfacciones! ¡Gran éxito!

El que no se consuela es porque no quiere. La situación de España en Marruecos me recuerda la facha que hizo el caballero de la Triste Figura en un paseo que dió por las calles de Barcelona. «Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: ÉSTE ES D. QUIJOTE DE LA MANCHA. En comenzando el paseo... admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban, le nombraban y conocían, y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.»

¡Qué ceguedad de espíritu! Así estamos en Marruecos. Si la unanimidad de pareceres en las legaciones europeas naciera de amistad, simpatía ó cariño que nos profesaran, habría para regocijarnos. Mas no seamos Quijotes: si tanto amor inspiramos ¿por qué nos dejaron solos sin mostrar siquiera lástima ni conmiseración en los más horribles trances y desgracias, por ejemplo, en lo de Cuba y Filipinas? ¡No seamos tontos! ¿Hay motivo para que se regocije un borracho, porque le acompañe numerosa policía á fin de que no arme escandaleras ó camorras por las calles? Pues cosa parecida nos ocurrió en lo de Melilla: las naciones europeas no aconsejaron al sultán el que cediese á nuestras injustas y violentas reclamaciones, sino cuando temieron que alborotásemos el cotarro, por resultas de grave torpeza cometida por nuestras autoridades.

Lo mismo está ocurriendo ahora: las legaciones de Tánger han firmado nota colectiva recomendando al sultán que ceda á nuestras peticiones, para que temeraria y locamente no apliquemos la cerilla al montón de leña que puso Francia este verano, para que ardiese Europa en la cuestión de Marruecos, ahora que Inglaterra tiene las manos ocupadas en el sur, del continente africano.

El necesitar nosotros de todo el peso de la diplomacia europea, para una reclamación al sultán, sólo prueba dos cosas: 1º, nuestro descrédito en Europa: nos tienen por cabezas de chorlito, capaces de suscitar un cataclismo por cualquier niñería; 2º, que el sultán nos desprecia, y haría maldito el caso de nosotros si fuéramos solos á pedirle algo importante. Francia, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos, etc., se avergonzarían de ir con memoriales dirigidos al emperador de Marruecos con el visto bueno de cualquier otra potencia. ¿No es vergüenza para España verse precisada á solicitar recomendaciones para visitar al sultán de Marruecos y entenderse en negocios que á nosotros dos meramente incumben? ¿No es ignominia no poder presentarse á una audiencia de ese emperador, sin ir pegados á la levita de otras potencias?

¡Valiente triunfo diplomático resulta la unanimidad de las naciones! ¿Tan escasos de mollera estamos ya, que impunemente puedan colgarnos un infame rótulo en la espalda?

¿Y aun nos falta la generosidad y la nobleza del hidalgo manchego? ¿Por qué se ha mandado una comisión militar para que cele la conducta del sultán? Don Quijote nunca hizo el antipático papel de importuno censor.

Por lo más sagrado de los intereses españoles, señores políticos y Sr. Silvela, esto se ha de acabar. V. S. lo dice: hemos perdido prestigio en Marruecos. Dos medios hay para recobrarlo: uno, infundirle miedo; otro, procurar su amistad ó su adhesión. Del miedo quizá hemos abusado en todas las formas sin aprovechar las consecuencias; ahora se necesitaría gravísimo escarmiento para que por temor obedeciese; y en la situación actual de nuestra patria y en los aires que corren por Europa, sería temeridad provocar las ocasiones. En cambio, atraerla y si menester fuera prestarle buenos servicios, no suscitaría ninguna complicación extranjera. Eso pide cambiar en redondo la conducta con el imperio y el sultán: nada de saquear su hacienda y molestarle caprichosamente y sin objeto; hay que enterrar definitivamente el sistema de memoriales recomendados por gente extraña, la cual, teniéndonos por casquivanos, nos concede favores vergonzosos. Tratemos de ser personas discretas y formales, no olvidando cuando menos las camisas.

Y para esto no cabe excusa en los políticos: no es reformar la marina, empresa grave y complicada. Aquí no hay que tomar, según algunos extremos aconsejan, el arranque heroico de licenciar al personal y echar á pique los barcos, para hacerlo todo nuevo. Es labor más fácil y sencilla; y puede ser tan modesta y al parecer tan insignificante, que permita verse libre de apetitos y concupiscencias de los políticos de bajo vuelo: con algo de atención, no muchos gastos, habilidad y tiempo podría irse arreglando. Medios materiales no faltarían: con lo que se gasta en representaciones diplomáticas donde apenas nos importan, ó con el interés del capital que en un año echamos á los perros, v. g. en los irracionales gastos hechos por adquirir más irracionales medios de extinguir la langosta en algunas comarcas, bastaría para tener instrumento adecuado en Marruecos. Ya que no seamos ricos ni fuertes, tratemos de ser hábiles y previsores.

Tampoco pueden excusarse los políticos, al menos para la tarea de irse preparando, con decir que no tienen tras de sí el impulso de un pueblo, porque si se conserva alguna ilusión en el alma de nuestra patria, ésa está puesta en Marruecos; quizá sea el único ideal bien marcado que logre mover el deseo ó ambición de los españoles. Podrá ser el impulso intermitente, la idea confusa y el sentimiento algo ciego; pero la masa, por civilizada que sea, no suele tenerlos mucho más claros ni constantes; y la tarea de definir, concretar y hacer que la fuerza intermitente se torna continua, corresponde á los políticos y gobernantes.

Tampoco pueden excusarse echándose la culpa mutuamente los partidos que alternan en el ejercicio del poder, pues siendo labor de muchos años el prepararse, es imposible que ninguno de los dos se libre, por lo menos del tiempo en que dirigió los destinos de la patria. El que nada hace, está fracasando siempre. Además ¿no han sabido entenderse para conservar, con patriótico designio, un mismo representante en París, y otro en Roma, durante varias dominaciones? Pues de igual modo hubieran podido ponerse de acuerdo en materia de mucho interés y menor dificultad y compromiso.

Lo único que me para es que el pueblo español está ineducado para esto: es algo duro y nervioso; peca de intolerante (trátase de carlistas, integristas, partidos medios y republicanos, todos son por el mismo estilo); de historia antigua y tradicional y de nuestras relaciones con los moros no conserva más que la memoria de las bizarrías y proezas realizadas en los campos de batalla; no de los tratos de amistad, ni de la conducta atractiva y tolerante de muchos reyes de Aragón, de Castilla y de Navarra, cuando ayudaban á los mismos príncipes musulmanes; con lo cual éstos de retorno llegaban á constituirse en vasallos suyos; apenas conservamos un débil recuerdo de las distintas formas de ingeniosos y hábiles protectorados que ejercimos en distintos y memorables tiempos.

Sin embargo, no estamos ahora tan desvalidos de medios: si la masa del pueblo español de acá ha perdido la costumbre de tratar con los moros, hay otra no insignificante porción, que vive en las ciudades costeras del imperio, á la cual el amor á la vida y el cariño á sus propios intereses le obliga á tolerancia con los marroquíes. Cuiden los políticos de atenderla y utilizarla: es campo que merece cultivo. Piensen que tras una declaración de guerra, el primer palo lo reciben esos españoles.

Cuiden, por fin, de no enfriar, por descuido y abandono, el calor del único ideal que puede mantener excitado el patriotismo español, capaz de hacer olvidar las rencillas regionales; y no malgasten esa fuerza de espíritu que se llama esperanza en los futuros destinos; ni contribuyan á que continúe el emperezamiento y la tristeza en los pechos españoles. Pueblo que se siente inútil é incapaz, se hunde irremisiblemente para siempre.

### **Más sobre Marruecos**

*Revista de Aragón, Año III, (febrero de 1902)*

Tengo bien presente en la memoria que nunca segundas partes fueron buenas y que me expongo, al tratar de nuevo estas cuestiones, á encontrar el público cansado y prevenido en contra; pero las circunstancias actuales exigen que nos preocupemos de los asuntos marroquíes, aunque no tengamos ganas: el hierro se ha de trabajar cuando está caliente.

La tempestad, que hace tiempo anunciábamos, amanece ya sobre la línea del horizonte. Al propio tiempo que España, por reclamación colectiva de todas las potencias, ha obligado al Sultán á reunir tropas contra una tribu de las provincias del norte del imperio, para rescatar la familia española secuestrada, y allá en los confines del sureste se debaten con calor los hitos fronterizos entre las comisiones marroquí y francesa, en la parte oriental han aparecido asesinados y robados, dentro de las provincias argelinas, dos oficiales franceses: esto es ya un relámpago que sacudirá la atmósfera caldeada: Inglaterra, que no puede gritar muy alto por habersele atravesado en la garganta las repúblicas de Orange y del Transvaal, se desliza sigilosamente en Marruecos, proveyéndolo de armas y enviando á sargentos del ejército inglés de Egipto para que instruyan á las tropas del emperador, con lo cual refuerza la influencia militar del Cáid Maclean, aventurero inglés que desde hace muchos años viste albornoz y forma parte del cuartel real marroquí. Portugal, instigada y animada por la generosa Albión, ha elevado la categoría de su representante en Tánger, para que en la balanza diplomática pueda sentirse mayor peso de la ambición inglesa. Y Alemania, con la excusa de que tome el pulso á las



señoras y concubinas de Abdelaziz, ha metido á un médico alemán en el interior de la corte de Marruecos.

Se ven, pues, nubes acumuladas alrededor del imperio y cargadas de electricidad.

Los únicos terrenos que posee España, fuera de la Península y Baleares, necesarios para su seguridad interior, como son los presidios de Melilla, Ceuta, etc., pueden quedar amenazados al suscitarse un conflicto; y la suerte de cerca de 200.000 españoles que pueblan los países costeros del norte de África, pendiente de un hilo á cualquier contingencia. ¿Es prudente dormir con pasividad y pereza ó permanecer discutiendo si es posible encontrar sucesor á un político octogenario, cuyo oficio es balancearse en la mecedora presidencial?

Si notáramos que los gobiernos se preocupan, que los políticos trabajan y previenen, y á la opinión despierta, podríamos callar y no insistir; pero el horizonte á nuestro alrededor se cubre, el relámpago chispea y los intereses de España al descubierto sin que voces de alarma nos avisen... ¿es sordera?... pues, gritaremos haciendo sonar los más agudos clarines. Desde el número presente, hasta, cuando quiera Dios, en la REVISTA DE ARAGÓN aparecerá un artículo sobre nuestra política marroquí, con los siguientes fines: 1.º, despertar á los dormidos y perezosos; 2.º, exponer lisa y francamente, á quien corresponda, la causa de los persistentes fracasos en las variadas tentativas que hemos hecho los españoles; y 3.º, definir la conducta que se ha de llevar para que se respeten nuestros derechos, proponiendo los remedios necesarios, no en vista de satisfacer ambiciones y locuras, sino para la defensa de la integridad nacional, que quedaría amenazada desde el instante en que Marruecos cayese en manos de alguna potencia europea.

Parece mentira cómo siendo las causas de nuestros fracasos de tanta magnitud y bulto no la vean ó palpen hasta los ciegos.

Es corriente entre los que están enterados de las costumbres marroquíes, que los teólogos musulmanes y los santones ó morabitos suelen, como remedio á las enfermedades de los devotos que imploran su asistencia ó consejo, estampar en un trozo de papel versículos alcoránicos ó signos cabalísticos de efecto mágico (según ellos). Los mentecatos que reciben esas fórmulas se tragan el papel, ó se lo aplican á la parte dolorida, en la confianza de que eso ha de curar sus males.

Ocurre á veces que alguno de esos infelices, desesperados ya, se presenten á un médico europeo, para que les den alguna medicina; y el médico, siguiendo la costumbre europea, receta y le entrega la fórmula. El moro, entonces, pensando que es un amuleto el papelito que le dan, hace con la receta lo que acostumbra hacer con el papel de los santones: se la traga.

Casos tales son comentados con explosiones de risa en las tertulias europeas de las ciudades marroquíes, y aun en los casinos de la corte de España, cuando algún gracioso los refiere; pero ¿qué cara pondríamos los españoles si nos dijeran que nuestra conducta en Marruecos apenas se distingue de lo que hace el moro que se aplica al vientre el papel de la receta? Y, sin embargo, nada hay para mí tan semejante. Nosotros bien hemos averiguado lo que algunos pueblos de Europa hacen en países donde se proponen dominar ó influir; nos hemos enterado de que hay recetas; pero las aplicamos con tal discreción que se parece al empleo del amuleto moro.

Supimos los medios que Francia empleó para dominar Argelia, v. g., la creación de oficinas de asuntos árabes, donde oficiales del ejército se aplicaban á conocer la lengua y los hábitos de los moradores para captarse las simpatías, y quisimos hacer cosa idéntica. Efectivamente, han transcurrido 50 años desde la toma de Tetuán, cuando eso se propuso, y no ha salido un solo militar que pueda leer aljamiado.

Hemos advertido la gran influencia que en país pobre y decadente puede lograrse con médicos y hospitales; y, al efecto, enviamos médicos é instituimos una academia ridícula y un hospital en Tánger. Los brillantes resultados no los han podido notar más que los que han disfrutado del no insignificante sueldo que proporciona la institución.

Hicimos venir algunos jóvenes de Marruecos para instruirlos en nuestros colegios militares; y al cabo de algunos años, marcháronse adornados de todos los vicios que supimos inculcarles.

Con grandes sacrificios conquistamos ó guardamos plazas fronterizas en el norte de Marruecos; y nos hemos arreglado de manera que permanecemos como buhos sobre peñas solitarias, ahullando á la tenue claridad de las estrellas.

Hemos instituído cátedras en nuestros grandes centros de enseñanza, con tal organización, que los alumnos, convencidos de que lo que aprenden les ha de ser completamente inútil, desiertan con horror, sin tomar el gusto á estas aficiones.

Sostenemos personal bastante numeroso y no muy mal retribuído en la carrera consular; y no hemos logrado un solo individuo hábil para estudiar la conducta diplomática de nuestra patria con los países musulmanes; y ahí se está pudriendo, en un archivo del Estado, la mejor y más rica colección de documentos diplomáticos árabes que en el mundo existe, ignorada al parecer de las doctas Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas y... ¡silencio! ¡no digamos nada!... que la polilla consuma lentamente lo que de conservarse podría delatar nuestra desidia.

¿Cómo hemos de hacer cosa útil si no queremos trabajar, ni dejar que otros trabajen?

Los políticos suelen ver en Marruecos un ente ideal, abstracto, del que, sabiendo cuatro cosillas, puedan discurrir imaginarios conceptos y vestirlos con el ropaje de la filosofía política que suele gastarse en el torneo de nuestras cámaras. Y la masa del pueblo español se entera de la existencia del imperio marroquí, como de las ruinas de Itálica famosa, leyendo algunas obrillas subjetivas en que se habla del misterioso harem, de aromáticos perfumes, de ocultos placeres, con la curiosidad malsana y enfermiza de una histérica.

¡Ah! cuando el pueblo es necio y apático, no debe sorprender que manden algunos políticos botarates. Si falta discreción para distinguirlos, y voluntad para ayudarles, ¿qué ha de resultar?

No es lo peor que haya literatura marroquí lírica y subjetiva para uso de señoras, sino que ésa precisamente sea la única información de los que allá mandamos: la que suele adquirirse en los primeros días de residencia en Tánger, en los que al rozar con los blancos fantasmas de flotantes vestiduras que transitan por las empinadas callejuelas, se sienten arrebatos y vértigos de embriagadora poesía y alucinación. Bien que al poco tiempo se les cae el alma á los piés, y se evaporan las arrobadoras ilusiones, al contacto de la suciedad real, y nace, por reacción en el

alma, el desprecio á todo lo que se relaciona con los mentecatos moros. Después de vista la realidad, ¿qué persona decente va á ocuparse del problema marroquí? Eso da asco: es materia indigna de pechos generosos.

Ese tránsito de sentimientos opuestos, no es raro que lo sufran los propios arabistas: al comenzar el estudio de la lengua, encuentran éstos dificultades en los textos más sencillos, y á fuerza de idas y venidas al diccionario y de hipótesis y cavilaciones para interpretar la más rudimentaria idea, llegan á creer que la lengua árabe tiene misteriosas sugerencias, y que los autores musulmicos disfrutan de extraordinaria y exuberantísima imaginación, que llaman oriental. Luego, á medida que se familiarizan, se van condensando las etéreas y vagas concepciones, y acaban por cristalizarse en desdén de la civilización musulmana y en odio á todo lo árabe. Esto exactamente, es lo que ha ocurrido á uno de nuestros más ilustres orientalistas contemporáneos.

Y hé aquí la situación de los españoles: vernos comprometidos forzosamente en la cuestión marroquí, por nuestra posición geográfica; no poder permanecer indiferentes en lo que afecta á intereses muy vitales; y nos encontramos sin rumbos en la opinión, ni criterio definido, ni fuerza en los gobiernos, sin cuerpo diplomático instruído; sin una entidad organizada, ni institución, cuerpo ó instrumento adecuado para el consejo ni para la obra.

De la culpa á todos toca nuestra parte; á todos me dirigiré predicando una cruzada contra la desidia, la pereza, la necedad y todos los obstáculos que en este camino encuentre; exhortaré á fin de que todos esos inútiles instrumentos en quienes parece fiar España, se reformen y unifiquen, para que la emulación se despierte y el interés y el estudio se avive. Y para mayor garantía de honradez, pediré que todo se haga público: digan lo que quieran los partidarios del método secreto, en la plaza hay mucha mayor moralidad que en la alcoba.

Aun podemos, siendo hábiles, hacer respetable nuestra mediocridad y pobreza; mas es preciso acometer, con eficaz propósito, lo necesario para prevenirnos con tiempo. Esto requiere muchos años y constante voluntad: las improvisaciones en estas materias son imposibles.

Nuestro intento, en artículos sucesivos, lo constituye indicar de un modo concreto y bien señalado la conducta que las circunstancias nos imponen; y las reglas serán *fáciles*, para que el público se entere, *acomodadas á nuestros medios y fuerzas, y apropiadas para el fin de la empresa y en vista del éxito*.

Y si no consigo nada con peroraciones, al menos habré satisfecho una deuda de honor que contraje. El Estado español pagóme en cierta época los gastos de un viaje á Marruecos; hice entonces lo que supe por cumplir la misión que se me había confiado; pero nunca me consideraré libre de esa deuda de gratitud hacia mi patria.